



Monumento a don Enrique Molina y homenaje a los fundadores de la Universidad de Concepción.

DR. IGNACIO GONZÁLEZ GINOUVÉS

MONUMENTO A DON ENRIQUE
MOLINA Y A LOS FUNDADORES
DE LA UNIVERSIDAD
DE CONCEPCION

EL 7 DE ENERO del presente año se inauguró en el Foro abierto del Campus Universitario, el monumento en homenaje a don Enrique Molina, quien fue el primer Rector de la Universidad y honrándose, asimismo, a las personas que junto a él contribuyeron a la formación de este establecimiento de enseñanza superior.

Hicieron uso de la palabra en esa oportunidad el Rector, Dr. Ignacio González G., el Dr. Darío Enríquez en representación de los ex alumnos y el presidente de la Federación de Estudiantes de Concepción, don Carlos Hormazábal.

El monumento inaugurado, obra del escultor don Samuel Román Rojas, Premio Nacional de Arte, es una estructura en bronce de siete metros de altura y trece toneladas de peso. Trabajado íntegramente por su creador y un equipo especializado de colaboradores y fundido en los talleres de la Empresa ASMAR, en Talcahuano, es el bronce monumental más grande elaborado en Chile.

En su obra el escultor quiso simbolizar en forma ideal el espíritu que animó a don Enrique Molina y a sus colaboradores en la labor de creación y orientación del plantel. El motivo central, que se alza verticalmente hacia la altura, es una figura humana sin rostro, rodeada de volutas aéreas que comunican a la estructura una admirable sensación de ligereza, armonía y elevación.

(Nota de la D.).

Damos a continuación el discurso del señor Rector, Ignacio González Ginouvés.

“Con 47 años de existencia nuestra Universidad comienza ya a tener su historia: la distancia —tan larga que parecía entonces!— va destacando lo importante, va perfilando las cumbres y nos permite, así, apreciar el acontecer con sentido de perspectiva y justicia de valores.

Tan insólita y única fue su naturaleza y creación, que 20 años atrás, Luis Alberto Sánchez, en su estudio sobre *La Universidad Latinoamericana* pudo decir: "Universidades de organización superior, esto es, análogas a las oficiales, han sido y son: las católicas de Chile, Perú y Javieriana de Colombia y SOBRE TODO, LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION, en Chile...".

En el monumento que develaremos hoy, se ha querido simbolizar el tributo que merecen quienes crearon esta Universidad y muy particularmente quien, además, la dirigió y prestigió por más de 36 años: don Enrique Molina.

A mediados de 1955 don Enrique sintió, por primera vez, que los años no respetan la fortaleza física ni la grandeza intelectual y fue herido con cruel limitación de la facultad que era medio de expresión de su preclara mente. Tuvo que abandonar, así, el rectorado de la Universidad, después de una labor extraordinaria que había comenzado cuando, en 1917, se formó el COMITE PRO UNIVERSIDAD Y HOSPITAL CLINICO DE CONCEPCION.

¡Y qué labor! Hacer de la nada una Universidad, y en 36 años formarla, darle una personalidad, asegurarle medios de subsistencia y colocarla en un lugar reconocidamente respetable; y todo eso, con la colaboración de unos pocos, venciendo mil dificultades, teniendo en ocasiones que llevar al límite, su fe en la empresa, su capacidad de resistencia y su confianza en el triunfo.

Convocado el claustro para elegirle sucesor, fue designado en el cargo don David Stitchkin en abril de 1956. Uno de los primeros actos del Rector Stitchkin fue obtener para el Fundador el título de Rector Vitalicio, y el acuerdo de erigirle un monumento o estatua en la Ciudad Universitaria.

Se llamó para tal efecto a un concurso nacional; como las obras presentadas no correspondieron, pese a su indiscutible mérito, a lo que los cuerpos directivos de la Universidad deseaban, la comisión encargada de fallar el concurso acordó, por la unanimidad de sus miembros, declararlo desierto. Este incidente tuvo tres consecuencias: se amplió el significado del monumento a la recordación de los fundadores de la Universidad, por cierto, alrededor de la figura central de don Enrique; se llamó a don Samuel Román para que se encargara de la obra, y se resolvió conformarla, como motivo, al conjunto arquitectónico que se estaba estudiando para el Barrio.

Con el primer acuerdo se realizaba un acto de justicia para con aquellos que en una u otra forma secundaron la labor creadora y directora del señor Molina.

Con la elección de don Samuel Román se buscaba a quien, por su talento y trayectoria artística, estaba especialmente calificado para interpretar su sentido y ejecutarlo.

Samuel Román se dice cantero y es, efectivamente, el creador de la Escuela de Canteros de Chile, única en su género en Hispanoamérica; pero la crítica, sus colegas y el público lo conceptúan como uno de los mejores escultores de que el país puede enorgullecerse; su actividad artística, original y personal, sostenida con persistencia durante largos años, lo ha conducido a una madurez y plenitud de que son testimonio, no sólo las distinciones y premios que ha recibido, sino la evidente calidad de sus obras que han sido admiradas en Chile y en el extranjero, y cuya enumeración, además de innecesaria, sería larguísima.

Román, además de sus méritos artísticos, conocía y era amigo del Maestro y le había hecho un busto —que se encuentra actualmente en la Rectoría— y que don Enrique apreciaba singularmente. La inspiración lo llevó sin embargo a apartarse de la escultura-retrato para buscar el símbolo que materializara, no sólo la figura magistral, eje y fuerza de toda la creación universitaria, sino también la de sus cofundadores y colaboradores y el espíritu de grandeza, de entrega, de realización y de servicio que animó a todos.

Y este monumento lo logra plenamente: el motivo central, humano pero impersonal, representa al hombre y a los hombres que hicieron esta obra universitaria; el juego espacial —etéreo y dinámico— de bandas que lo rodean, simboliza el espíritu que los movió y que anima y siempre animará a nuestro plantel.

Se dice en la Memoria de la Universidad correspondiente al año 1957: “La parte arquitectónica de este monumento, que de acuerdo con los proyectos aprobados, será uno de los más hermosos por su belleza y perspectiva, estará a cargo del Sr. Emilio Duhart, urbanista y arquitecto”. En verdad, el monumento es elemento destacado de este Foro, que es a su vez centro de la vida y del Barrio Universitario y lugar de muchas actividades culturales y de esparcimiento que la Universidad ofrece no sólo a los universitarios, sino al pueblo todo. Su concepción arquitectónica, por desgracia no terminada aún en sus detalles, es obra de don Emilio Duhart, con razón apreciado como uno de los profesionales de mayor visión y prestigio del país.

Es indudable que el artista-escultor y el artista-paisajista y archi-

tecto se han unido aquí para dar al conjunto la mayor armonía y belleza.

El tamaño de este monumento y la complicación y delicadeza de su estructura requerían de un trabajo de fundición particularmente cuidadoso y experto. ASMAR lo realizó con la extraordinaria eficiencia que se puede admirar. Justo es que haga, en este momento, públicas las felicitaciones que merece el trabajo realizado y los agradecimientos de la Universidad por el gesto de ejecutarlo sin otro costo que el del material empleado, como un homenaje a lo que la obra representa.

La idea de tener una Universidad en esta ciudad era antigua y aun se había concretado en tentativas que desgraciadamente no llegaron a madurar. La Universidad de Chile había fundado, 50 años antes, el Curso de Leyes que vivía anexo al Liceo de Concepción; pero es natural que un curso universitario, sin autonomía y manejado por control lejano, no podía satisfacer las ansias de la juventud sureña que sufría los efectos discriminatorios del centralismo de la educación superior del país.

Estas inquietudes y un si es no es de orgullo regional, hicieron renacer en la mente de algunos vecinos de Concepción la idea de fundar una Universidad. La llegada a la ciudad, en 1915, de don Enrique Molina, educador ya prestigioso, significó para este grupo el mejor de los refuerzos. La idea fue prosperando y, así, el 23 de marzo de 1917 se pudo convocar a una asamblea de vecinos representativos de todas las corrientes, ideas, clases e intereses de Concepción, en la Sala de Sesiones de la Ilustre Municipalidad, con el objeto de darle forma. A esta Asamblea, que fue presidida en ausencia del Alcalde D. Octavio Bravo por el regidor don Javier Castellón, concurrieron 62 personas: don Enrique Molina, don Alberto Coddou, Dr. Virginio Gómez, don Edmundo Larenas, don Samuel Guzmán García, don Javier Castellón, don Julio Parada Benavente, don Abraham Valenzuela, don Abarain Concha, Dr. Moisés Cruz, don Oscar Spoerer, Dr. Pedro Villa Novoa, don Guillermo Cruzat, don Zenón Urrutia Manzano, Dr. René Coddou, don Fernando Salamanca, don Eliseo Salas, don Maximiliano Gajardo, don Pedro Möller, don Arnoldo Ried, don Lorenzo Claro Lastarria, don Emilio Letelier, don Augusto Rivera Parga, don Federico Espinosa, Dr. Enrique González Pastor, Dr. Guillermo Grant Benavente, don Alfredo Novoa, don Clodomiro Acuña, don Domingo Contreras G., Dr. Daniel Prieto, don Germán Spoerer, don Bernardino Corral, don Víctor Vargas, Dr. René Ríos, don Miguel Arturo Zañartu, don Emilio

Grant, don Carlos Charpentier, Dr. Luis Eberhardt, don Lisandro Espinosa, Dr. Abraham Campos, Dr. Cristóbal Martín, don Teófilo Hinojosa, don Voltaire Quiroga, don Onofre Montané Urrejola, don José del C. Soto, don Alberto Castellón Cuevas, don Persio Anguita, don Carlos Cruzat, don Osvaldo Cruzat, don Gaspar Fernández, don Carlos Roberto Elgueta, don Pedro Verdugo Cavada, don Néstor Bahamonde H., don Manuel Merino, don N. Capurro, don Carlos Ocampo, don Pablo Contreras, don Luis Silva Fuentes, don Joselín de la Maza, don Raúl Puga, don Emilio Mahuzier y don Ramiro Troncoso, y de ella resultó elegido un COMITE que se llamó PRO UNIVERSIDAD Y HOSPITAL CLINICO DE CONCEPCION y que estuvo integrado por don Enrique Molina, don Edmundo Larenas, don Romilio Burgos, don Víctor Bunster, don Esteban Iturra, don Julio Parada Benavente, Dr. Virginio Gómez, Pbro. Guillermo Jünemann, Pbro. Olegario Sáez, don Aurelio Lamas, don Abraham Valenzuela, don Alberto Coddou, Dr. Pedro Villa Novoa, Dr. Samuel Valdivia, don Abaráin Concha, don Samuel Guzmán García, don Javier Castellón, Dr. Cristóbal Martín, don Vicente Acuña, don Federico Espinosa, Dr. René Coddou, don Abraham Romero, don Arturo Sandoval, don Héctor Rodríguez, don Augusto Rivera Parga, don Agustín Castellón, don Luis David Cruz Ocampo, don Teófilo Hinojosa, don Desiderio González, don José del C. Soto, don Carlos Soto Ayala, don Carlos Roberto Elgueta y don Joselín de la Maza.

El Comité a su vez eligió un Directorio o Mesa, integrada por don Enrique Molina, don Virginio Gómez, don Esteban Iturra, don Carlos Roberto Elgueta, don Eliseo Salas, don Samuel Guzmán García, don Julio Parada Benavente, don Aurelio Lamas Benavente, don Pedro Villa Novoa, don Luis David Cruz Ocampo, don Víctor Bunster M., don Vicente Acuña, don Edmundo Larenas, don Augusto Rivera Parga y don Guillermo Gleisner.

Se llamó "Comité Pro Universidad y Hospital Clínico" por una razón que me explicó el propio autor de la idea, Dr. Virginio Gómez: "El objetivo, me dijo, era doble; por un lado preparar a la juventud para que pudiera crear, dirigir, y servir las industrias que necesariamente deberían florecer en esta región tan rica en posibilidades por sus recursos naturales, y por el otro estudiar las condiciones ambientales y mejorarlas, al mismo tiempo que cuidar de la salud de la población para que pudiera trabajar y producir en un ambiente sano y sin el freno de la debilidad, la enfermedad o la incapacidad. Lo primero debía hacerlo la Universidad, orientada hacia profesiones nuevas que no se estudiaban todavía en el país, y lo

segundo, el Hospital, como centro de estudio y tratamiento de las enfermedades y de acción sobre el ambiente”.

Con increíble tesón los miembros del Comité, ayudados decididamente por el diario “El Sur”, lograron penetrar el escepticismo y la apatía de nuestro ambiente. Se obtuvo la cooperación de numerosos Municipios del sur del país, de las organizaciones profesionales, de las empresas comerciales, productoras y bancarias y de los particulares en general. Pronto, a las 62 personas que se reunieron en los salones de la Municipalidad en ese día memorable se unieron otras 63, que quisieron participar igualmente en la labor; se hicieron colectas; los muchachos del Liceo y los estudiantes del Curso de Leyes salieron en caravanas a las ciudades y pueblos del sur a llevar la buena nueva y a materializar la cooperación.

La fundación de la Universidad de Concepción es, así, una iniciativa pedida y nacida de la comunidad; se organizó motivada por el anhelo de tener un centro de alta cultura para la juventud de todo el sur del país. Por eso he dicho que la Universidad de Concepción es única.

Mientras tanto, don Enrique y algunos miembros del Comité trataban de obtener del Gobierno la autorización para que la Universidad funcionara y algún subsidio o ley de recursos que le permitiera sobrevivir. Todo fue inútil: en ninguna parte se les dijo que no, pero la tramitación más despreocupada, respondió a estas gestiones. Ni el Supremo Gobierno ni el Parlamento ni la propia Universidad de Chile miraban con interés estos esfuerzos.

Y vino aquel genial acto de audacia: a fines de 1918, el Comité, presidido por el Vicepresidente Dr. Virginio Gómez, en ausencia del señor Molina que viajaba por los Estados Unidos, acordó iniciar de todas maneras y con los medios de que disponía, las labores de la Universidad en abril del año siguiente.

Rota la inercia, demostrada la voluntad de hacer, creado el interés de quienes hasta ese momento no habían creído y vinculada la existencia de la naciente Universidad al porvenir de una centena de jóvenes estudiantes, el movimiento ya no pudo ser ni ignorado ni detenido ni mirado como un sueño.

Regresado don Enrique, riquísimo en experiencias vividas y estímulos recibidos en los Estados Unidos, enfrentados todos a la tarea de sobrevivir y triunfar, comenzó ese período heroico, pletórico en angustias, esperanzas y desprendimiento, en que tantos dieron su esfuerzo, su trabajo y su fe, y cuya enormidad será difícil que ima-

gine quien no lo haya vivido o conozca el clima político y general que en esos años vivía el país, la indiferencia con que se apreciaba a la educación y la animosidad con que los defensores del "estado docente" se oponían a cualquiera intromisión no oficial en su seto; aunque ello significara condenar a la juventud a la ignorancia y la mediocridad; y al país, al atraso en su desarrollo y su cultura, que hoy estamos pagando.

Si grande era el prestigio de don Enrique Molina como educador, ya antes de llegar a dirigir el Liceo de Concepción, la labor de esos años demostró cuán grande era también como luchador tesonero e incansable, como animador de su grupo, como voluntad indoblegable para llevar adelante una idea que ya se había hecho carne de su carne, que lo apasionaba y cuya utilidad para la juventud, esa juventud que tanto amaba, se le hacía evidente si no necesaria.

Con paciencia explicable sólo por la grandeza de la idea, don Enrique y otros miembros del Comité Pro Universidad y Hospital Clínico agotaron las antesalas y las gestiones en Santiago, al mismo tiempo que ideaban, aquí, medios y expedientes para que la Universidad siguiera sobreviviendo. Así se crearon, acogiendo una idea que elaboraron don Luis David Cruz Ocampo y don Desiderio González, las *donaciones con sorteo*, que fueron el preludio de la actual Lotería, y, luego de muchas angustias para vencer intereses, envidias y bastardías, se obtuvo la consolidación legal de la Lotería y su entrega definitiva a la Universidad. Pero también en esto hubo que condescender para encontrar apoyo.

Así nació, señores, esta Universidad: idea de los hombres de aquí; y así sobrevivió gracias a la fe, la labor, el esfuerzo, la devoción y la acción perseverante y tenaz de los hombres de aquí: de don Enrique Molina, el primero, y de todos los que, desde el primer momento, como miembros del Comité Pro Universidad y Hospital Clínico y luego como integrantes de los sucesivos Directorios que ha tenido la Universidad, lo secundaron y ayudaron en esta hermosa y única empresa.

Nadie dio nada o ayudó espontáneamente a la Universidad que estaban creando los hombres de Concepción para bien del país y oportunidad de nuestra juventud. Nadie les encontró razón; nadie reparaba en que año a año miles de jóvenes provincianos capaces, no cabían o no podían ir a estudiar a las Escuelas que tenían, sólo en Santiago, la Universidad de Chile; nadie cuidaba tampoco que nuestra juventud tuviera las oportunidades de educarse que el país empezaba

ya a reclamar y que nuestro incipiente desarrollo iba haciendo más y más necesarias.

Lucharon solos, como héroes que fueron de una acción de paz, de progreso y de bien social y nacional. Y triunfaron a pesar de la indiferencia, del desdén, de la envidia, de la sorna y de la dificultad insidiosamente colocada.

Por eso, señores, Concepción quiere a su Universidad. Por eso, para responder a aquellos que no la desearon, ella se ofrece hoy, generosa, a la juventud de todo el país. Por eso, la veneración que nos merezcan don Enrique Molina y la falange de sus cofundadores y colaboradores que este monumento simboliza, es sólo el pago de una deuda inextinguible, tan inextinguible cuanto haya en Chile juventud que enseñar y cultura por difundir.

36 años de rectoría, indudablemente la más larga que ha habido jamás en la historia universitaria latinoamericana y una de las más prolongadas del mundo, permitieron a don Enrique formar e imprimirle una personalidad a su Universidad. Si suerte fue para ésta tener como guía a un hombre de su talla, más lo fue aún, que su acción sabia, atinada, perseverante e infatigable velara por su desarrollo, desde sus primeros años hasta dejarla consolidada, orientada, respetada y prestigiada.

Es el fruto que hoy estamos cosechando. Es la deuda que todo Chile tiene para con este hombre y para con los que lo ayudaron y apoyaron; es el superior ejemplo que desafía la capacidad y los esfuerzos de los universitarios de Concepción para perseverar en su tarea y en su espíritu.

La Universidad de Concepción abrió sus aulas a la juventud en abril de 1919. Desde entonces, han tenido oportunidad de estudiar miles y miles de jóvenes que, de lo contrario, vegetarían en el ocio o la burocracia, desamparados de medios para concurrir a las universidades de la capital.

La Universidad de Concepción, inspirado su creador en el ejemplo de las modernas instituciones norteamericanas, creó Institutos Centrales, tuvo profesorado de tiempo completo, se preocupó del bienestar estudiantil, creó este Campus o Barrio Universitario y organizó su enseñanza sobre bases diferentes y modernas, hasta donde la sujeción a los programas inamovibles de la Universidad Central se lo permitía. Su sola presencia significó así un factor de emulación y progreso, que ha sido extraordinariamente benéfico para el desarrollo de nuestra enseñanza superior.

Siguiendo la inspiración de uno de sus fundadores, la Universidad de Concepción creó la carrera de Ingeniería Química, destinada fundamentalmente a servir al desarrollo industrial de la zona y del país. Se adelantó así, en muchos años a lo que hoy es evidente y dio un ejemplo tan atinado que en el país hay cinco Escuelas que han seguido su huella.

No deseo cansarlos, señores, recordando cosas que Uds. saben y que, por decirlas o recordarlas uno de la casa, podrían parecer jactanciosas. No es, sin embargo, por modestia que las callo, sino porque tengo la esperanza de que alguna vez, cuando la historia no se escriba para la Capital, serán reconocidas.

De aquella Asamblea de Fundadores que se reunió en la Municipalidad de esta ciudad en 1917, viven todavía los señores Clodomiro Acuña, Lisandro Espinosa, Luis Silva Fuentes, Ramiro Troncoso, Pedro Verdugo Cavada y Arturo Junge; del Comité Pro Universidad y Hospital Clínico viven todavía don Abraham Romero, don Samuel Valdivia, don Héctor Rodríguez y don Luis David Cruz Ocampo, joven abogado, entonces, que hacía sus primeras armas en la profesión; Secretario General de la Universidad, luego, por largos años y organizador de la Biblioteca Central de la Universidad. Su extraordinaria valía lo llevó por caminos que lo alejaron de Concepción materialmente, aun cuando en amor y en espíritu ha estado y estará siempre cercano a esta Casa que, piedra sobre piedra, él ayudó a edificar.

Nueve años sobrevivió don Enrique Molina a su retiro de las labores directivas de la Universidad. Otras manos han empuñado, desde entonces, la dirección del plantel, siguiendo el Norte que él señalara e inspirándose en su ejemplo y en su espíritu. Otras nos reemplazarán cuando nos vayamos y seguirán inspirándose en él y haciendo realidad sus ideales de perfección, de servicio, y de progreso.

Este monumento que recuerda a don Enrique y a sus colaboradores en la creación de nuestra Universidad —nuestra humilde, pero al mismo tiempo prestigiosa y única Universidad— gracias a su acción, su esfuerzo y su sangre generosa, estará aquí, para homenaje de los que tanto les deben y para memento de los que deban continuarlos por los años y los años”.